

Resumen

Este artículo analiza cinco diccionarios de lingüística publicados entre los años setenta del siglo xx y principios del siglo xxi. Sus autores son J. Dubois (1973), G. Mounin (1975), G. R. Cardona (1988), J. C. Richards, J. Platt y H. Platt (1992), y D. Crystal (1980-2008). El estudio considera de manera diferenciada a estos autores, porque la influencia doctrinal de los dos primeros es proporcionalmente mayor que los posteriores, menos implicados en la formulación de manifiestos sobre el papel de los diccionarios en la lingüística. Las partes del artículo presentan, como características diferenciales, el preciosismo descriptivo de G. Mounin, la obra propedéutica de G. R. Cardona, el diccionario aplicado y mixto de J. C. Richards, J. Platt y H. Platt, y la institución lexicográfica de D. Crystal. El estudio aporta perspectiva histórica al problema terminológico de la lingüística, agitada en esta época por una gran expansión de teorías y tecnicismos. Los prefacios de estos diccionarios especializados forman un repertorio significativo para la historia de la lingüística. En ellos se registra los rasgos de la evolución de la lingüística, desde ciencia guía y modelo formal a disciplina muy ramificada y modelo contextual e histórico. Estos lexicógrafos, autores de los cinco diccionarios, dan respuesta a la pregunta sobre el papel del diccionario especializado en el progreso de la lingüística.

Palabras Clave

Diccionario, historia de la lingüística, terminología, Dubois, Mounin, Cardona, Richards, Crystal.

Abstract

This paper analyzes five language dictionaries published between the seventies of the twentieth century and early twenty-first century. The authors are J. Dubois (1973), G. Mounin (1975), G. R. Cardona (1988), J. C. Richards, J. Platt and H. Platt (1992), and D. Crystal (1980-2008). The parts of the article present, as differential characteristics, the rigorous description of G. Mounin, the propaedeutic work of GR Cardona, the applied and mixed dictionary of JC Richards, J. Platt and H. Platt, and the lexicographic institution of D. Crystal. The study provides historical perspective about the terminological problem of linguistic, agitated at this time for a major expansion of theories and technicalities. The prefaces of these dictionaries are a significant repertoire for the history of linguistics. In them the features of the evolution of linguistics is recorded: linguistics has been science guide and formal model and it is now a highly branched discipline and contextual and historical model. These lexicographers, authors of the five dictionaries, give answer to the question about the role of specialized in the progress of linguistic dictionary.

Key words

Dictionary, history of linguistics, terminology, Dubois, Mounin, Cardona, Richards, Crystal.

Fecha de recepción: 02/02/2016 - Fecha de aceptación: 22/04/2017 – Fecha de publicación: 20/05/2017



1. Introducción: cinco diccionarios y el problema terminológico de la lingüística

Este estudio sobre diccionarios de lingüística tiene por objeto reconocer aspectos significativos para la historia de la lingüística. Considera cinco obras publicadas entre las décadas de 1970 y 2000. En ellas se considera no tanto su labor lexicográfica y su valía particular, que sin duda la tienen, sino las representaciones –singulares y multifacéticas– que sus autores construyen de la lingüística con sus motivos y planteamientos. Estos autores son Jean Dubois (1973) y Georges Mounin (1975), notables representantes de la cultura francesa en la intensa década de los setenta. A la siguiente década corresponde la aportación del italiano Giorgio Raimundo Cardona (1988). A su vez, la obra de Jack Richards y John y Heidi Platt (1992) expone la visión aplicada a la enseñanza de lenguas de la tradición británica. Completa este elenco el *Diccionario de lingüística y fonética* de David Crystal (1980-2008), una obra que con sus múltiples ediciones cubre casi todo el período de la colección. De estas obras, las de G. Mounin y de G. R. Cardona, que absorben en especial nuestra atención, adquieren el valor de epítome de su época porque expresan unas pretensiones que exceden su campo lexicográfico para proponer una concepción y un desarrollo determinados de la lingüística.

La razón de escoger estas obras de entre decenas de ellas, a cual más interesante, se halla en la información que acogen de etapas, corrientes e intenciones diferentes. Esta selección de glosarios ofrece una secuencia de imágenes, es decir, un conjunto animado de perfiles de la lingüística, en una época de extraordinarios desarrollos. Acrecienta su interés el hecho de que durante los años sesenta y setenta la lingüística sea una ciencia guía de otras disciplinas. Por otra parte, el conocimiento de estas obras de metalenguaje que son los diccionarios puede aportar a la historia de la lingüística contemporánea una mejor perspectiva sobre su objeto.

Nuestro comentario no analiza los contenidos de esos diccionarios, labor para un gran equipo, ni tampoco de sus técnicas lexicográficas, sino los modelos que desarrollan y la concepción de lingüística que difunden. Con este propósito se tiene en especial consideración los prefacios de las publicaciones. Los prefacios son escritos de presentación o introducción que, además de orientar sobre los aspectos prácticos de la organización y su consulta del diccionario, contienen elementos para un manifiesto¹. Nos referimos a las declaraciones sobre dos ámbitos trascendentales. El más inmediato atañe a los motivos y los límites de cada obra. De este modo se justifica la extensión y la capacidad de detalle de las entradas, la reunión o preferencia de escuelas y la acumulación o filtrado de contenidos según su actualidad. El segundo aspecto se escribe con letras capitales, pues tiene que ver con política científica. Se trata de la neonomía en la lingüística, es decir, de las consecuencias que tiene la creación de términos para una ciencia que necesita crecer con nuevos instrumentos pero que a la vez se enfrenta al problema de su manejo y a la crítica de frivolidad inflacionista. Se trata, en fin, de la neonomía y de los diferentes usos metalingüísticos que se atribuye a un mismo término.

En suma, los prefacios de los diccionarios contienen argumentos que exceden el caso de su edición. Tratan, por una parte, del tipo de diccionario que los autores consideran preferible o factible y también de las exigencias

¹ Como prefacios consideramos los siguientes textos: «Introducción» (Dubois 1973: I-V); «Introducción al problema terminológico» (Mounin 1975: XI-XXIV) y «Advertencia al lector» (Mounin 1975: XV-XVIII); «Introducción» (Cardona 1988: VII-XXII); «Introducción» (Richards & Platt 1992: XV-XVII); «Preface to the Sixth Edition» (Crystal 1980-2008: VI-X).

técnicas en que se han visto involucrados. Esto se aplica tanto al pasado, ese tiempo de elaboración de la obra, como al presente en que el diccionario es ya una obra hecha. Y, por otra parte, en algunos de estos diccionarios los autores abren un debate sobre la política de terminología en la lingüística. Se dirigen de este modo al futuro, con razonamientos de intención parlamentaria, en los que plantean acuerdos para su regulación.

2. Dificultad y diversidad del diccionario especializado

El número de diccionarios de lingüística publicados es muy alto, su diversidad es grande y el balance de sus resultados parece controvertido. Desde los años cincuenta, e incluso antes, los glosarios de terminología lingüística han ido apareciendo en ritmo creciente, hasta alcanzar en los setenta y ochenta su etapa de máxima actividad.

Un precursor es Jules Marouzeau, autor de *Lexique de la terminologie linguistique*, que publica en diversas ediciones, entre 1934 y 1951. Ahí recoge 1.300 lemas y sus equivalencias en alemán, inglés e italiano. Continúa esta labor Fernando Lázaro Carreter, en 1953, con el *Diccionario de términos filológicos*, en que define 2.500 lemas y los relaciona con sus correspondientes en alemán, francés e inglés. También la escuela italiana está representada en la tradición lexicográfica, con *La terminologia linguistica de G. I. Ascoli*, de Emidio De Felice (1954). Otro tanto sucede con la estadounidense, en *A glossary of American technical linguistic usage 1925-1950*, de Eric P. Hamp (1957); la checoslovaca, en *Dictionnaire de linguistique de l'École de Prague*, de Josef Váček (1960); o la alemana, en *Sprachwissenschaftliches Wörterbuch*, de Johan Knobloch. (1961).

De la relación de obras de este tipo, que acreditan un desarrollo impetuoso e internacional, destaca una publicación soviética. El diccionario de O. S. Axmanova (1966), *Slovar'linguisticskix terminov*, alcanza la asombrosa cantidad de 7.000 lemas. Ese diccionario revela, en representación de tantos otros, el signo desbocado, hipertrófico, a que empuja la compilación de terminología lingüística. Los lexicógrafos, todos ellos, sin excepción, se refieren a este fenómeno como el gran problema de su especialidad, una realidad desasosegante que ha perdurado hasta la actualidad.

Como el estibador de un barco de carga, el lexicógrafo asiste a la selección y ubicación conceptual de un cargamento de tecnicismos que sobrepasa en mucho la capacidad del navío. Una solución es escoger los términos de una corriente, como hace Rudolf Engler en *Lexique de la terminologie saussurienne* (1968), aunque ya nace obsoleta. Otra resulta selectiva, con un reducido número de entradas, las fundamentales, como en *La linguistique. Guide alphabétique*, editada por André Martinet (1969), que consta de 51 entradas en las que se da cuenta de 400 términos, o el más escueto aún *Piccolo dizionario della linguistica moderna*, de Raffaele Simone (1969), de 19 entradas y 70 términos definidos.

Pero más ilustrativa que la analogía del carguero es la de una expedición de exploración científica, obligada a escoger la impedimenta apropiada por las limitaciones materiales del caso. La imagen de la expedición se corresponde con los criterios rectores del canon de lingüística y de sus límites, es decir, la relevancia de sus

disciplinas –nucleares y aplicadas–, de las escuelas –históricas o vigentes– y de las ciencias afines, como por ejemplo la filología, la retórica, la poética o la antropología lingüística.

La retahíla de obras y autores citados muestra los antecedentes lexicográficos que anteceden, en los cincuenta y setenta, al cuerpo de diccionarios de nuestro comentario. El mejor servicio de esta nota se cifra en expresar tanto la vitalidad como los obstáculos que deben sortear. Al igual que las obras que les seguirán, la impronta de sus autores les dota de una identidad singular. Más allá de esas particularidades, la identidad de aquellos diccionarios y de las sucesivas producciones se resume en que son respuestas a un mismo problema, que es el terminológico. No se trata de un problema técnico o atribuible a los lexicógrafos, sino científico y, por tanto, achacable a los lingüistas. La expansión de la lingüística desde mediados del siglo xx se produce en un clima de ferocidad y refinamiento intelectual. La competición de escuelas y el afán por dar nombres de marca a fenómenos suficientemente designados por la tradición pueden ser las causas de este problema.

Esta causa explica que todos los autores de diccionarios de lingüística adviertan en sus notas de presentación de la dificultad de su cometido. Es impensable que esa constante responda a un sentimiento de queja o a la necesidad de dar mayor realce a su trabajo. Sencillamente se trata de una constatación justificada. Las aseveraciones de Dubois, Mounin, Cardona, Richards, los Platt y Crystal sobre la dificultad a que se enfrentan se refieren en especial a la concepción del diccionario.

Por un efecto paradójicamente dinámico, el problema de la terminología no sólo es una mortificación crónica de la lingüística, sino también un acicate para mantener muy activa la edición de nuevos diccionarios. Así lo concibe en una reseña Perea (2000: 611), cuando sostiene que «el hecho de que la terminología sea un problema constante para los lingüistas, que la demanda de información sobre temas lingüísticos sea general y que la influencia terminológica anglogermánica sea tan destacable ha de ser un estímulo para futuras ediciones actualizadas de este diccionario, que incorporen los nuevos términos y aumenten las referencias bibliográficas». Perea habla así a propósito de su reseña del *Diccionari de Lingüística* de Manuel Pérez Saldanya (1998). Refiere tres razones de la actualidad del lexicógrafo, que son el problema endémico, un liderazgo anglogermánico abrumador y el interés que despierta la lingüística. Son razones de signo negativo, ambivalente y positivo, respectivamente.

Se comprende bien la dificultad de realizar un diccionario equilibrado y útil cuando se tiene en cuenta a qué pretende responder uno concreto, el dirigido por M. Pérez Saldanya (1998). La sintaxis es la disciplina preferente y, en particular, la generativista del régimen. En segundo lugar se ocupa también de la pragmática, la lingüística aplicada, la morfología, la fonología, la fonética, la gramática histórica, la lexicología, la lógica y la semántica (Perea 2000: 611). Vinculados a este bagaje sorprendente se ofrece términos acuñados por un elenco de lingüistas: Bello, Bloomfield, Martinet, Pottier, Jakobson, Benveniste, Alarcos y Chomsky, entre otros. El compromiso de este trabajo es definir y relacionar las nociones a las escuelas lingüísticas –estructuralismo, distribucionalismo, glosemática, generativismo– y a un dominio –sintaxis, morfología, fonética...–. Añádase a todo ello el requisito de la concisión –las 351 páginas que ocupa la obra de Pérez Saldanya– y se hace así una idea de la dificultad real de la empresa. La prueba más exigente está en la satisfacción que obtenga de la consulta el usuario del diccionario.

3. El repertorio, escenografía referencial de cinco obras

Las dificultades se superan con el uso sagaz de recursos. El principal y explícito recurso del diccionario de Pérez Saldanya son otros diccionarios, entre ellos los de Dubois (1973) y Crystal (edición de 1991). Esas obras de consulta forman un repertorio documental. El nuestro es una colección de cinco obras, de aparición escalonada a partir de los años setenta, una época de esplendor de la lingüística. Para desplegar un esquema del repertorio anotamos unas sucintas referencias, que constan de año de edición, título original, autores y número de lemas o entradas.

1973: *Dictionnaire de linguistique*, de Jean Dubois y Mathée Giacomo, Louis Guespin, Christiane Marcellesi, Jean-Baptiste Marcellesi, Jean-Pierre Mével. 1.823 lemas.

1975: *Dictionnaire de la Linguistique*, de Georges Mounin y Denis Autesserre, France Autesserre y Alain Baltayan, entre otros colaboradores. 1.300 lemas.

1988: *Dizionario de lingüística*, de Giorgio Raimondo Cardona. 1.800 lemas.

1992: *Longman Dictionary of Language Teaching and Applied Linguistics*, de Jack C. Richards, John Platt y Heidi Platt. 2.235 lemas –200 de la adaptación española–.

1980-2008 (seis ediciones): *A Dictionary of Linguistics and Phonetics*, de David Crystal. 3.000 lemas².

Al revisar la selección nos pueden asaltar dos ideas opuestas. Que son muy pocas para obtener unas conclusiones solventes o, por el contrario, que son demasiadas obras para un estudio razonable. Las dos ideas tienen sentido, porque un estudio extensivo aporta una perspectiva y también porque el estudio que somete un corpus reducido a cuestiones específicas arroja un conocimiento firme. Para dejar a un lado este dilema diremos que quizá llame la atención que buena parte de los títulos de nuestro repertorio pertenezcan o nazcan en la década de los setenta. Nos referimos a las de Dubois, Mounin y Crystal, que se producen en un período central de la cuestión. De ahí que sus prefacios sean reveladores de los desafíos no sólo de la lexicografía sino de la lingüística. De ahí también que a estas obras les acompañara una plétora de diccionarios coetáneos (Vermeer 1971; Ducrot y Todorov 1972; Heupel 1973; Pottier 1973; Lewandowski 1973; Greimas y Courtés 1979). Lo cierto es que el mérito de esas obras no procede de una oportunidad afortunada sino de la autoridad con que la aprovecharon. Los diccionarios de J. Dubois y G. Mounin componen una lección magistral porque en ellos los autores se plantean su labor como un ejercicio de exploración general.

² El hecho de que estos diccionarios se hayan publicado en castellano añade el aliciente de una mayor facilidad de consulta para quienes quieran contrastar nuestros comentarios con las fuentes. Por otra parte, el meritorio trabajo de traducción y adaptación al castellano añade a esas ediciones, de las que damos detalle a continuación, nuevos matices dignos de una investigación específica. J. Dubois (1973): *Diccionario de lingüística* (Alianza, 1979); traducción de Inés Ortega y Antonio Domínguez, y adaptación de Alicia Yllera. G. Mounin (1975): *Diccionario de lingüística* (Labor, 1979); traducción de Ricardo Pochtar y adaptación de Eugenio Martínez Celdrán. G. R. Cardona (1888): *Diccionario de lingüística* (Ariel, 1991); traducción de María Teresa Cabello. J. C. Richards, J. Platt, H. Platt (1992): *Diccionario de lingüística aplicada y enseñanza de lenguas* (Ariel, 1997); traducción y adaptación de Carmen Muñoz y Carmen Pérez Vidal. D. Crystal (1980-2008): *Diccionario de lingüística y fonética* (Octaedro, 2000); traducción de Xavier Villalba Nicolas y adaptación de Eugenio Martínez Celdrán.

Jean Dubois tiene mucha experiencia en lexicografía cuando acomete, con un equipo de cinco colaboradores, la redacción del *Diccionario de Lingüística* (reseñado por Bernal 1981, Kannas 1996). El proyecto les ocupa diez años, un plazo corriente en este tipo de empresas. La penalidad temporal tiene el efecto de disuadir a los impacientes y de coronar a los persistentes. Además de la docencia y la investigación, J. Dubois desarrolla una dilatada actividad en la editorial Larousse. Elabora diccionarios generales y especializados del francés y colabora en una enciclopedia. En su experiencia se anuda investigación lingüística y renovación pedagógica de la enseñanza del francés como lengua extranjera, es decir, las vertientes de la lingüística teórica y aplicada. Con una amalgama de ellas proyecta su diccionario.

La realización de la obra plantea al lexicógrafo francés tres tipos de problemas, que son la naturaleza del diccionario, los límites de su contenido y la oportunidad de su publicación. Las respuestas que da a estos interrogantes son perspicaces. En lo tocante a la primera cuestión, Dubois escoge un tipo de diccionario enciclopédico, que recoge definiciones y ejemplos de las voces y, para términos fundamentales, añade exposiciones explicativas. Algunas entradas alcanzan una gran extensión, propia de una enciclopedia, como sucede por ejemplo con **fonética**, **semántica** o **redundancia**. En su redacción se sintetiza los conceptos relacionados, las escuelas que se valen de esos términos y las aplicaciones que se derivan de ellos. Dubois concibe su diccionario científico-técnico como un «manual libre» de lingüística (Dubois 1973: III). Es un manual porque puede «reconstituirse en un discurso ordenado» y es libre por abierto, es decir, porque el lector lo conforma según su nivel y el tipo de cuestiones que se hace³.

El segundo problema se refiere a los límites de los dominios de la lingüística. El dilema sobre el punto de corte favorece inclusivamente a disciplinas que se considera aplicadas, como la sociolingüística o la psicolingüística, y a sus referentes, la sociología y la psicología. De ellas hay términos en el diccionario. Como resulta difícil poner límites en la constelación de ramas de la lingüística, Dubois invierte la pregunta e indaga sobre los ejes de esta ciencia. Considera distintivos el código y la ciencia histórica, dos ejes de los que el diccionario ha de dar cuenta. La fascinación que ejercen los progresos en la descripción del código, con la ayuda de la lógica y la teoría de la información, requiere del contrapunto de la visión historicista y antropológica de la lengua. De estos patrones Dubois extrae los criterios para reconocer lo que puede acoger el diccionario.

En tercer lugar hallamos en el prefacio de Dubois la cuestión de la oportunidad de la obra. «¿Por qué hacer ahora un diccionario de lingüística?», se pregunta. No es un recurso para la vanidad de los autores sino para abrir un mirador inquisitivo. Por aquel entonces la lingüística está experimentando grandes cambios. De reducto para especialistas ha pasado a ser un producto cultural. El éxito provoca tensiones en la terminología que pueden resultar convulsas. La decantación de léxico en el habla común puede desfigurar su función. Pero la aceptación social es un riesgo menor, en comparación con la inventiva terminológica de ciertos lingüistas. «La necesidad que cada escuela, si no cada lingüista, tiene de afirmar una originalidad a menudo ínfima lleva a proponer nuevos términos que sólo se distinguen de los antiguos o de los de otras escuelas por su forma, no por

³ Un ejemplo canónico de modelo de enciclopedia es el *Compendio de lógica, argumentación y retórica*, dirigido por L. Vega y P. Olmos (2001). La delimitación temática permite elaborar a un equipo de seis decenas de autores un escueto número de entradas –176– con una exposición informativa y suficiente como manual, si en la consulta se articula las entradas correlativas.



su contenido» (Dubois 1973: iv). Si la sentencia parece una exageración, en su defensa es fácil comprobar que ha sido refrendada por numerosos lexicógrafos⁴.

4. Preciosismo descriptivo de Mounin

En definitiva, la oportunidad del diccionario procede tanto de la permeabilidad social de los tecnolectos como de la hiperactividad neónímica de los especialistas. Estos factores también incitan a Georges Mounin a elaborar otro diccionario, que aparece poco después del de Dubois, en 1975. De su función como director de un nutrido grupo de diecinueve redactores Mounin da cuenta en un escrito de introducción al «problema terminológico»⁵.

El malestar por la situación es tan intenso como para revelarse en el título del texto de Mounin. En realidad, la advertencia sobre la terminología remite a causas de política científica. «Después de más de medio siglo de crecimiento, a partir del *Curso* de Saussure», escribe Mounin, «la lingüística ocupa una posición muy ambigua en la cultura del gran público, e incluso en la del público culto» (Mounin 1975: xi). En su opinión ese crecimiento ha estimulado una «marea de esnobismo lingüístico», que puede provocar reacciones de fastidio e incluso el reflujó de esa moda. Hasta tal punto es perjudicial la «lingüistomanía», sostiene Mounin, que «se afirma en ciertos círculos culturales que la lingüística es imperialista». Por más que uno haya leído ya antes este pasaje o algún otro de un tenor similar, aparece como una novedad estridente y afrentosa.

Pero no se trata de una disputa disparatada. Aunque no la comparta, Mounin da algunas razones de esa opinión crítica. En primer lugar, la lingüística ha supuesto un «cambio de cultura» y ha exigido esfuerzo intelectual no siempre cómodo. Por otra parte, los conceptos de la lingüística contradicen el tópico de que el hablante tiene intuitivamente un buen conocimiento del lenguaje. Estas razones no justifican la animadversión hacia la lingüística, pero a juicio de Mounin sí la alimenta el comportamiento de incesante actividad de la lingüística. No tacha de impropia su evolución en escuelas que rebaten a las anteriores, sino aquella faceta visible de la terminología, que actúa como emblema de sus teorías.

Para Mounin el léxico técnico y su precisa definición es el caballo de batalla de la cuestión. En su exposición, salpicada de pinceladas vehementes, argumenta que el problema terminológico provoca un malestar mortificante. Advierte que ese efecto no es exclusivo de la pugna entre estructuralismo y generativismo. No le duelen prendas en señalar como impulsivos creadores de terminología a Charles Bally, Leonard Bloomfield, Lucien Tesnière, Roman Jakobson y Louis Hjelmslev⁶. De este último recuerda que acuñó para su modelo glosemático un centenar de términos, de los que han sobrevivido sólo cinco. Si la crisis de los modelos es un

⁴ En 1994 J. Dubois y su equipo publican *Dictionnaire de Linguistique et des Sciences du Langage* (Larousse), que surge de la profunda revisión y ampliación de diccionario de los años setenta. En ese mismo año se reimprime el *Dictionnaire de linguistique* (Larousse).

⁵ Atestigua la larga vida editorial del diccionario de Mounin la reimpresión de 1993 (PUF). Esta circunstancia afortunada y la edición ampliada del diccionario de Dubois en 1994 manifiestan la participación de estas obras en un largo ciclo cultural francófono. El mismo fenómeno se produce en España con el *Diccionario de términos filológicos* de F. Lázaro, publicado en 1953 y reimpresso en 1981.

⁶ No obstante esas críticas, se ocupa de definir en su diccionario términos de algunos de ellos, concretamente los de Saussure, Bloomfield, Hjelmslev, Martinet, Jakobson, Harris y Chomsky.

indicio del progreso de la ciencia, la frivolidad de dar nombres a viejos conceptos para reclamar autoridad deja al desnudo la inflación no sólo de neologismos sino de teorías. Al arruinarse una teoría arrastra consigo a la terminología misma, en un círculo completo de «desesperación terminológica», como Mounin califica (1975: xviii).

La conciencia de la importancia de la lingüística, innegable a partir de 1960, tiene que arrostrar el defecto del «babelismo terminológico», en parte causante de la percepción social de su «imperialismo científico» y de la «petulancia» de sus practicantes (Mounin 1975: xiii). La crudeza de los calificativos de Mounin tiene un propósito prescriptivo, de política científica, para disolver la perennidad del problema terminológico. Ante una situación tan perniciosa, que no duda en calificar de «cáncer», el lingüista francés hace una propuesta de tipo legislativo. A su parecer, las comisiones científicas creadas al efecto han de elaborar informes sobre la terminología, cuyas conclusiones se discuten y ratifican en congresos internacionales. Mounin considera que los términos deben ser específicos, coherentes y operativos, es decir, que permitan extraer enseñanzas de su definición. Apunta que el deber del científico, por original que sea su personalidad, es evitar en lo posible bautizar nuevas voces y atender a la comunicabilidad de su significado. Con la reminiscencia de una llamada moral, afirma que la creación de un nuevo término no ha de suponer un placer ni un beneficio para el creador, sino un acto desesperado, de absoluta necesidad.

La lectura del prefacio al diccionario de Mounin manifiesta, con un tono vehemente, la llamada a la «buena salud intelectual» y la «higiene epistemológica» de la lingüística (Mounin 1975: xvi). De manera coherente elabora un diccionario esencial, muy diferente del de tipo enciclopédico de Dubois. La obra de Mounin es, aunque parezca una definición redundante, un «diccionario terminológico». Reduce las entradas y las definiciones a su mínima expresión. De las 2.500 voces de que contaba su glosario de trabajo inicial quedan 1.300 entradas. Las definiciones son sintéticas y orientan sobre el significado que encaja con una lingüística general. Son una rareza, por su extensión, entradas como **acento**, **afasia** y **tema**, que ocupan una página, y una docena más –**coarticulación**, estructura, **sintaxis**, etc.– cubren media página. El preciosismo descriptivo de este diccionario, cuyas entradas redactan los colaboradores, es tan estricto que dedica sólo unas líneas a disciplinas como la fonética, la fonología, la semántica y la sociolingüística. La singularidad del diccionario de definiciones le vale a Mounin alguna crítica negativa (Feller 1975), pero ningún comentario sobre la novedad de su ambiciosa y estéril propuesta legislativa.

5. El diccionario propedéutico de Cardona

Años más tarde, en 1988, aparece en italiano el *Diccionario de lingüística* de Giorgio Raimondo Cardona. A diferencia de los diccionarios precedentes es una obra personal, como también sucede con la de D. Crystal. Para conocer este diccionario no basta observar qué contiene sino en qué momento se publica. Se trata de una etapa diferente, puesto que, como el propio Cardona concede, «la lingüística ha perdido la función de disciplina guía» (Cardona 1988: viii). Las nuevas circunstancias persuaden a Cardona para encabezar la introducción al diccionario con una cita de L. Hjelmslev: «La terminología es una cuestión de gusto, no afecta a las realidades».

Lo curioso de esa divisa, quizá apropiada para los ochenta, es que Mounin la había criticado por nefasta, una postura que Cardona no podía desconocer.

Volvamos momentáneamente al lingüista francés Mounin. De él cabe decir que no fue un ingenuo visionario sino alguien que quiso utilizar su prestigio para dar un giro a una situación insostenible. A propósito de las posibilidades de su iniciativa reformista, recuerda de sus maestros la máxima de que la unificación de la terminología es quimérica. También sabe que una terminología ideal se corresponde con una ciencia acabada. No obstante, lamenta la conducta de Hjelmslev, que padecía de la enfermedad de rebautizarlo todo (Mounin 1975: xv). De manera congruente Hjelmslev sostuvo en 1928 que «la terminología es una cuestión de gusto», axioma que Mounin juzga imprudente porque el egotismo pone en peligro la obra colectiva que es la ciencia. Como un augur épico declara que «el neólogo impenitente, por más genial que sea, en este aspecto casi siempre resulta sancionado por el fracaso». Para excitar la imaginación del lector Mounin describe una imagen fantasmagórica, en la que esos lingüistas que han obrado con la terminología a su gusto quedan abandonados al borde del camino por inservibles. Y añade: «La historia de la lingüística es un inmenso cementerio de vehículos terminológicos... que no llegaron a circular nunca o casi nunca» (Mounin 1975: xvii).

La imagen final de esta analogía es impresionante, porque Mounin añade que el conjunto de esos artefactos léxicos forma un «cementerio poco visitado, aunque visitarlo resultaría muy instructivo». A Cardona no debe de haberle convencido la argumentación de Mounin, puesto que encabeza su trabajo con la máxima de Hjelmslev sobre la libertad de crear terminología. Curiosamente, no se refiere luego a ella en su exposición, por lo que el lector duda de su significado, salvo que sea una broma sutil sobre la imposibilidad de poner remedio al problema terminológico, en el sentido de que cada escuela haga lo que crea conveniente.

Un glosario estructuralista publicado por Cardona en 1969, que dos décadas de cambios ha dejado obsoleto, es el antecedente del presente diccionario. Al sostener en las manos las dos obras, Cardona asume que reflejan dos etapas opuestas. A modo de balance, anota que la lingüística ha perdido la responsabilidad de estar a la vanguardia. En su favor aduce que ha dado más a las humanidades de lo que ha recibido de ellas, como atestigua la adopción de algunos de sus términos por otras ciencias, un fenómeno que obliga al lexicógrafo a tener en cuenta esa significación transversal. Por otra parte, en esta nueva etapa se ha ensanchado su perspectiva con nuevas disciplinas, lo que conlleva el aumento del léxico especializado.

Cardona se desliga del pasado en el sentido de que cree que ya no tiene importancia discernir las fuentes de las voces. Le basta describir su uso, de manera general, si resulta así más comprensible y aplicable. Por ejemplo, los términos *dictum* y *modus*, que en Dubois aparecen como neologismos latinos cursados por Charles Bally, en Cardona se presentan sin filiación y con la escueta definición de lo dicho o contenido proposicional, para *dictum*, y de modalidad expresiva, para *modus*⁷.

⁷ Los duendes de imprenta confunden la definición de *dictum* en la versión castellana del diccionario de Cardona. En ella se lee que *dictum* es «el contenido proporcional» –un significado absurdo–, en vez de «contenido proposicional». En términos de pragmática, *dictum* y *modus* corresponderían a los actos locutivo o contenido de la intervención e ilocutivo o intención de la intervención.

En el mismo sentido obra la convicción de Cardona de que las distinciones entre las disciplinas de la lingüística se difuminan, así como entre lo hegemónico y lo marginal. Por lo tanto no se preocupa por señalar esas procedencias ni en preservar el canon estructuralista. Señala como ejemplo de disciplinas pujantes y heterogéneas la sociolingüística y el análisis del texto, cuyo acervo se incorpora al diccionario.

Paradójicamente, Cardona también incluye términos de la filología que no aparecían en diccionarios anteriores. Como sea que la formación de los estudiantes ha dejado de lado los estudios de lenguas clásicas, en su obra recoge términos de gramática tradicional y de retórica. Lo que en otro momento se desestimó por tradicional e inespecífico, ahora resulta útil para el estudio del discurso político, publicitario y periodístico. Por lo tanto el umbral del diccionario se expande hacia nuevas disciplinas y la antigua filología.

El signo de los tiempos no es el único factor que conforma el diccionario de Giorgio Raimondo Cardona. También cuenta el diseño que hace de la obra. Si la comparamos con la enciclopédica de Dubois y la conceptual de Mounin, encaja en el patrón esta última. Difiere sin embargo de los precedentes en su afán propedéutico, que consiste en ofrecer una selección de términos y escoger un estilo no sólo adecuado para especialistas sino asequible para «los estudiantes que se acercan por primera vez a las disciplinas lingüísticas» (Cardona 1988: x). En ese plural de «las disciplinas lingüísticas» queda registrada la idea de abanico de escuelas y especialidades, que han troquelado a su gusto la terminología, dicho sea contradiciendo a Mounin y secundando la opinión de Hjelmslev sobre la iniciativa neonímica.

6. El diccionario aplicado y mixto de Richards y los Platt

Con el salto de década, de los setenta a los noventa, resulta innegable el adelgazamiento del cuerpo teórico que encabeza los diccionarios más recientes. J. Dubois (1973) y G. Mounin (1975) relacionaron sus obras lexicográficas con textos programáticos. Por su parte, G. R. Cardona (1988), reduciendo en extensión la exposición, hizo balance de los cambios de la lingüística y de las necesidades del nuevo usuario. A principios de la siguiente década, en 1992, aparece el *Longman Dictionary of Language Teaching and Applied Linguistics*, de Jack C. Richards, John Platt y Heidi Platt⁸. Siguiendo la tendencia apuntada, su breve prefacio describe aspectos de la lingüística aplicada, ámbito especializado de que se ocupa. Como contrapartida, contiene más entradas que los precedentes, unas 2.000 voces, aunque no todas son de lingüística.

La época de los manifiestos y las preocupaciones epistemológicas ha terminado. En substitución de ello, toman la iniciativa la especialización y la coordinación con otras ciencias. El título del diccionario orienta sobre la relación de la lingüística aplicada y la enseñanza de lenguas. Revela la novedad de que la lingüística no es autosuficiente. En esta obra se recogen términos de dos ciencias implicadas en la enseñanza de lenguas: la lingüística y la pedagogía. La primera conoce de la lengua y la segunda de su enseñanza.

⁸ Esta obra puede considerarse como un diccionario original o bien como la edición revisada y ampliada del *Longman Dictionary of Applied Linguistics*, de 1985, que corrió a cargo de J. C. Richards, J. Platt y H. Weber. Además del contenido y del título, ambas publicaciones difieren en la identidad de los autores, de modo que H. Platt substituye a H. Weber.



Es ilustrativo el detalle que ofrecen los autores de cada una de estas fuentes científicas. Se toman la licencia de denominar lingüística aplicada al conjunto de las disciplinas sobre la lengua. Ponen el acento en la función utilitaria de la ciencia. La lingüística aplicada consta cuatro ramas. La primera es teórica, la lingüística, y el resto son aplicadas, el análisis del discurso, la sociolingüística y la psicolingüística. De la lingüística se recoge términos introductorios de fonética, fonología, morfología, sintaxis y semántica. A su vez, el análisis del discurso aporta léxico de la producción oral y textual. La sociolingüística se ocupa de cuestiones sociales de la lengua y de competencia comunicativa. Y la psicolingüística refiere nociones de adquisición de lenguas, aprendizaje y errores.

Por su parte, en la vertiente pedagógica del diccionario aparecen diversos componentes teóricos y aplicados. La teoría se refiere a los métodos y enfoques en la enseñanza de lenguas. Y tienen un propósito más específico la formación del profesorado, el diseño de cursos y pruebas, la enseñanza de las destrezas orales y escritas, y el uso de tecnología informática.

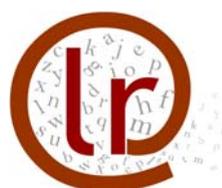
La combinación de estos contenidos dibuja un propósito ligado a las aulas y los talleres de lenguas. Su mérito está en la proporción adecuada de modelos teóricos y de técnicas de docencia. Ese marco aplicado acapara el protagonismo, y no ya las ciencias de la lingüística o la pedagogía. Como aclaran los autores, la selección de términos se rige por su uso común en la enseñanza de lenguas. El hecho de que decaigan los términos muy especializados y los que son distintivos de sus creadores, en el caso de haber podido examinar el diccionario Mounin y Hjelmslev, ello tal vez habría decepcionado al primero y desolado al otro. Y a ambos les habría sorprendido la redacción de las entradas, con una definición acompañada de abundantes y didácticos ejemplos, al modo de una ficha de estudio.

7. El diccionario de Crystal, institución lexicográfica

La consulta de diccionarios de tres décadas, de características tan variadas y cambiantes, confiere un valor especial a *A Dictionary of Linguistics and Phonetics*, de David Crystal. Se publicó en 1980 y se ha renovado regularmente, hasta alcanzar la sexta edición en 2008⁹. Como obra viva del catálogo editorial, ha perdurado con el vigor original. Ha recogido el mayor número de entradas de todos los diccionarios, con 3.000 voces y 5.100 términos definidos. Pero el mayor mérito es cualitativo, porque se ha adaptado a las expectativas que la lingüística creaba en los estudiosos en cada etapa. Lo asombroso es que constituye una obra de referencia en una ciencia revisionista y sujeta a giros considerables. Una ciencia efervescente, en palabras de Cardona, o convulsa, a ojos de Mounin.

El *Diccionario de lingüística y fonética* de Crystal es una obra sobresaliente. No en vano algunos críticos le atribuyen el carisma de una institución (Picard 2004). Esta proyección institucional se deriva tanto de las características del diccionario como de la personalidad de su autor. Crystal acredita la particularidad de haber

⁹ Las ediciones del diccionario de D. Crystal son de 1980, 1985, 1991, 1997, 2004 y 2008, es decir, una edición –que no confundimos con meras reimpressiones– cada cinco años. La versión española, en Octaedro, data de 2000.



desempeñado buena parte de su labor científica como lingüista *free-lance* o por cuenta propia. Su jubilación prematura –en 1985, a los 44 años – le ha privado de recursos universitarios pero ello no le ha disuadido de mantener una actividad inusitada. En lo tocante al diccionario de lingüística y fonética, la prolífica y diversa obra que ha publicado le ha aportado una cantera de materiales léxicos para las sucesivas ediciones del diccionario¹⁰.

Como epítome o modelo en pequeña escala, la historia de esas ediciones revela la evolución de la lingüística, aprehendida por la lente de Crystal. En el origen está su *A first Dictionary of Linguistics and Phonetics* (1980), que en las siguientes ediciones pierde la calificación de primer diccionario o introductorio, porque no hay otros superiores y se basta a sí mismo. El contenido de *A first Dictionary...* está restringido a los términos de la lingüística contemporánea, de modo que excluye la terminología tradicional o previa al estructuralismo. Tampoco se ocupa de lingüística aplicada –enseñanza de lenguas, patología del lenguaje, etc.– ni de dominios relacionados –teoría de la información, acústica, audiolología, lógica, filosofía–. Con el transcurso del tiempo, los comentarios de lectores y de críticos han persuadido a Crystal de la conveniencia de incluir términos de tales ámbitos. Al atender esas peticiones ha comprobado que tenían una razón práctica innegable.

Entre la primera y la sexta edición está trazada la evolución de un diccionario comprensivo o sintético a otro panorámico y con un tratamiento enciclopédico de ciertas voces. Crystal ha incorporado términos de los ámbitos apuntados de lingüística aplicada. También ha añadido otros de psicología –relativa a percepción del habla–, lingüística computacional y semántica lógica, además de los relativos a novedades de la propia lingüística, como el minimalismo o la pragmática.

No acaba con ello la expansión disciplinar del diccionario de Crystal. Atento al interés creciente que despierta la filología del siglo XIX y la gramática tradicional, en la sexta edición (2008) asume la conveniencia de incluir sus referencias en el diccionario. Con estos cambios impregna el diccionario de perspectiva histórica y completa un giro respecto del glosario original. Del diccionario específico de la lingüística contemporánea pasa a otro abierto a diversas disciplinas y a la fuente de la filología y la lingüística histórica. Irónicamente, por la erosión que el tiempo ha hecho en las escuelas y sus términos, Crystal se queda asombrado por el gran número de casos en que ha de añadir a definiciones de ediciones anteriores la aclaración de «en un uso temprano» o «en los setenta» (Crystal 2008: x).

La caducidad de la terminología es impresionante. El convencimiento que adquiere de esa verdad Crystal le debe de haber movido a citar unas palabras lapidarias de Dwight Bolinger en el encabezamiento del prefacio. Bolinger reconoce las marcas de la inmadurez de una ciencia en el flujo inacabable de nuevos términos. «El lector crítico –añade Bolinger– empieza a preguntarse si algún raro tabú sobre las designaciones va ligado a los términos que un lingüista usa, de suerte que cuando él muere aquellos deben ser enterrados con él». La ironía del hispanista norteamericano es un consuelo intelectual frente al despropósito de la lingüística¹¹. Podría decirse

¹⁰ Algunas de esas obras suyas, suministradoras de terminología, son *Dictionary of Language and Languages* (1992) y *The Encyclopedia of Language and Linguistics* (1993).

¹¹ D. Bolinger escribió *Modern Spanish* (1960), una obra renovadora de la enseñanza del español como segunda lengua, y presidió la American Association of Teachers of Spanish and Portuguese, la Linguistic Society of America o LSA (1972) y la Linguistic Association of Canada and the U.S. (Laborda 2016: 14).



que el problema terminológico, además de un reto para los lexicógrafos, es el signo de un desorden más profundo.

Crystal concibe una respuesta interpretativa e instrumental al problema terminológico. Propone elaborar una obra que ilumine mejor que un diccionario los significados de la terminología o, más propiamente, de los usos terminológicos. Consiste en recoger esos tecnicismos de sus contextos, de modo que la explicación de sus significados haga referencia a las fuentes en que aparecen y se usan. Crystal asigna la búsqueda extensiva y contextual a las técnicas informáticas, para confeccionar así un corpus considerable. Con este repositorio el investigador, en parte lexicógrafo y también historiador de la lingüística, puede realizar trabajos especializados de terminología o un diccionario global, de carácter pánico e enciclopédico (Crystal 2008: vi).

Los dos intentos fallidos de Crystal en este tipo de gran diccionario, que requieren la envergadura de un proyecto empresarial, justifican su empeño compensatorio en las ediciones revisadas y ampliadas de su *Diccionario de lingüística y fonética* (en versión española de 2000). Con él desea satisfacer las necesidades de un público interesado por la lingüística. En concreto, intenta ser una obra de consulta válida tanto para los especialistas como para un público general. De su fortuna es un indicio la perdurabilidad de *A Dictionary of Linguistics and Phonetics*, convenientemente ampliado hasta el doble del inicial y reorientado hacia una perspectiva transversal de disciplinas y épocas. De ahí que se le considere una institución. Lo que permanece inalterable en estas tres décadas largas es la convicción de Crystal de que, a pesar de la inmadurez científica de la lingüística –como aseguraba Bolinger–, concita un gran interés social y mantiene mucho atractivo académico (Crystal 2008: vii).

8. Conclusión: diccionarios y memorias de la lingüística

La función primaria de un diccionario es ofrecer una obra lexicográfica de calidad y aportar un servicio eficaz de consulta. De modo congruente, las noticias críticas que elaboran los autores de reseñas sobre esas obras examinan sus técnicas y resultados¹². En nuestro comentario esta función se ha reflejado de manera general porque nos ha interesado revisar la concepción que sus autores plasmaban sobre la labor del lexicógrafo y el estado de la lingüística a través de su terminología. Proporciona una perspectiva de la evolución en el tiempo la consulta de los textos introductorios de los cinco diccionarios escogidos, editados escalonadamente en cuatro décadas (Dubois 1973 –y la edición de 1994–, Mounin 1975, Cardona 1988, Richards y Platt 1992, Crystal 1980-2008).

La limitación a este número y autoría responde a un propósito de tanteo sobre estos discursos, secundarios para las respectivas obras, pero muy significativos en su conjunto para la historia de la lingüística. Su lectura es relevante por el arco temporal que trazan las ediciones, pero también resultaría instructiva la consulta de otras

¹² Por ejemplo, las reseñas de Bernal (1981), Boulanger (1995), Kannas (1996), sobre Dubois; la de Feller (1975), sobre Mounin; la de Picard (2004), sobre Crystal. De un modo más específico, con el propósito de analizar la información gramatical, Bargalló (2001: 81-90) hace un repaso a los diccionarios especializados.

obras contemporáneas. Ello parece especialmente válido en los años sesenta y setenta. Esas décadas forman la impresionante etapa de eclosión de la lingüística y de los diccionarios de la especialidad. A ella pertenecen los diccionarios dirigidos por Jean Dubois (1973) y Georges Mounin (1975), precisamente las obras que más teorización aportan sobre lexicografía y lingüística.

Jean Dubois es la personalidad más destacada de la lexicografía de su tiempo. Su estrecha colaboración con la editorial Larousse dio frutos en obras pioneras del francés para hablantes nativos y aprendices. Esta proyección de la lingüística aplicada supone un acontecimiento lexicográfico que beneficia a los lectores y da impulso a la industria editorial. El *Diccionario de lingüística* de Dubois constituye una obra especializada en que discierne la naturaleza técnica del propio diccionario, la delimitación de una lingüística que se expande sobre un extenso horizonte y, finalmente, la oportunidad de la confección del diccionario y sus efectos en la lingüística. Escoge un modelo enciclopédico, en que las definiciones de los términos permiten una consulta rápida y las exposiciones de que se acompañan aportan la formación que suele ofrecer un manual. Esta composición difiere en mucho de su coetáneo *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage* de O. Ducrot y T. Todorov (1972), que cuenta con 50 entradas –frente a las 1.823 de Dubois–, en que se define unos mil términos.

En lo referente a los límites del diccionario, señala como andamiaje interno las dimensiones del código –la estructura– y la historicidad y anclaje social –la actividad– del lenguaje. Al señalar esta delimitación interior, Dubois se adhiere al formalismo con la petición de que no se descuide la faceta de la lengua como institución social e «imagen de la historia de la comunidad sociocultural» (Dubois 1973: III).

Por último, en lo que atañe a la oportunidad de su diccionario el lexicógrafo le atribuye un papel que excede la función instrumental de su consulta o promoción formativa. La proliferación de la terminología lingüística es correlativa al desarrollo de la ciencia y a la posición culminante en el paradigma contemporáneo. No se produce una popularización de una ciencia joven sin turbulencias conceptuales por la generalización y banalización de términos fundamentales. Dubois reconoce en esta dificultad las circunstancias favorables para la adquisición por los lingüistas de una conciencia de «las implicaciones filosóficas de sus teorías y de las relaciones que mantienen con el desarrollo de las sociedades en que viven» (Dubois 1973: v). Para este lexicógrafo, la confección del diccionario es una concausa de la maduración científica, por la que asume su dimensión histórica y social. Como colofón de su reflexión señala el objetivo de analizar su metalenguaje, a partir de una visión historiográfica de sus ideologías y de los presupuestos filosóficos en que se fundan sus escuelas.

Contemporáneo de J. Dubois es George Mounin, reconocido autor de lingüística teórica e historia de la lingüística. En la presentación de su diccionario desarrolla esas dos líneas no ya como justificación de su trabajo sino como palestra de política científica. Mounin y su equipo aportan en el *Diccionario de Lingüística* (1975) una respuesta parcial y provisional al problema terminológico. Para alertar vivamente a los colegas despliega en torno a la cuestión un repertorio de metáforas progresivamente más dramáticas, desde el malestar al cáncer terminológico, pasando por el esoterismo, la inflación, la desesperación y el babelismo terminológicos.

Dejando a un lado los recursos oratorios, Mounin acude a la historia de la lingüística reciente para recoger argumentos de autoridades sobre la incontinencia neologista. Se refiere con este objeto a Saussure, Meillet,

Bloomfield, Hjelmslev, Tesnière, Benveniste, Martinet y Marouzeau (1934-1951), de los que destaca opiniones o comportamientos aleccionadores. Corroboraba de este modo la tesis historiográfica de Dubois sobre las implicaciones históricas y sociales de la actividad científica de la lingüística. En el clima formalista en que se manifiesta Mounin, no es superfluo insistir en la toma de conciencia de los presupuestos filosóficos propios, un acto de madurez en auxilio de la inmadurez terminológica o, lo que en realidad es su causa, la deriva de escuelas y la expansiva rebautización de doctrinas¹³.

Mounin sugiere visitar el cementerio de términos arrumbados para alertar contra los neólogos impenitentes y despertar la ética profesional. Como moralista a contracorriente en carnaval, va más allá de la apelación personal a escrutar el yacimiento de la terminología y propone la medida de autorregulación corporativa. Concibe una academia congresual que cumpla la tarea de expurgar, adaptar y elaborar una terminología isomórfica y dotada de definiciones operativas. Tal sería la difícil función –quimérica, vista la recepción– de una comisión internacional de terminología. Mounin no se engaña sobre las causas del problema terminológico. «La buena terminología es el producto, pero no la causa, de una actividad científica correcta», sentencia Mounin (1975: xxiv). A falta de esa instancia corporativa y ecuménica en la lingüística, lexicógrafos como Giorgio Raimondo Cardona (1988), Jack C. Richards, John Platt y Heidi Platt (1992), y David Crystal (1980-2008), entre otros muchos, se han preocupado posteriormente de escoger y definir la terminología en sus respectivos diccionarios.

Al final de su alegato, Georges Mounin invoca no ya a la ética profesional de los lingüistas y sus organismos asociativos, sino al lector. Al igual que hacía Bolinger, Mounin afirma que el lector «tiene razón en ser exigente» con respecto a la actividad científica correcta. Confía a ese lector la exigencia de las buenas prácticas científicas. Han transcurrido más de cuarenta años desde entonces. Hoy ese lector puede ser el historiógrafo, que reconoce en el corpus de diccionarios históricos de la lingüística una fuente de estudio significativa, en particular, sobre una época de ferocidad y refinamiento singulares.

Xavier Laborda

Universidad de Barcelona

xlaborda@ub.edu

¹³ Mounin calcula que un diccionario completo de lingüística podría tener 5.000 entradas, una magnitud que supera los límites razonables de una obra así. El repertorio inicial para su diccionario (1975) constaba de 2.500, finalmente reducido a 1.300 entradas. También es cierto que, como sucede con el diccionario de Crystal (1980-2008) –de 3.000 entradas y 5.100 términos definidos–, es posible abarcar el conjunto de tecnicismos con el juego de referencias.



Referencias bibliográficas

- Alcaraz, Enrique y Martínez Linares, Ma. Antonia (1997): *Diccionario de lingüística moderna*. Barcelona: Ariel, 2004.
- Axmanova, O. S. (1966): *Slovar'linguisticskix terminov*, Moscú.
- Bargalló, María (2004): «La información gramatical en los diccionarios especializados», M. Bargalló, E. Forgas, C. Garriga, A. Rubio y J. Schnitzer (eds.), *Las lenguas de especialidad y su didáctica*, Tarragona: Universitat Rovira i Virgili, pp. 81-90.
- Bernal Leongomez, Jaime (1981): «Reseña de *Diccionario de lingüística* de Jean Dubois y otros», *Thesaurus*, Tomo XXXVI, Núm. 2, pp. 349-350.
- Bolinger, D. L. (1968): *Aspects of Language*, New York: Harcourt, Brace & World.
- Cardona, Giorgio Raimondo (1988): *Diccionario de lingüística*. Traducción española de M.ª Teesa Cabello, Barcelona: Ariel, 1991.
- Crystal, David (1980-2008): *A Dictionary of Linguistics and Phonetics*, Londres: Blackwell Publishing. Edición en castellano, *Diccionario de lingüística y fonética*, Barcelona: Octaedro, 2000.
- Crystal, David (1992): *Dictionary of Language and Languages*, Oxford: Blackwell.
- De Felice, Emidio (1954): *La terminologia linguistica de G. I. Ascoli e della sua scuola*, Utrech-Amberes.
- Dubois, Jean; Giacomoi, Mathée; Guespin, Louis; Marcellesi, Christiane; Marcellesi, Jean-Baptiste; Mével, Jean-Pierre (1973): *Diccionario de Lingüística*. Traducción española de Inés Ortega y Antonio Domínguez; adaptación de Alicia Yllera. Madrid, Alianza, 1979.
- Dubois, Jean et alii (1994): *Dictionnaire de Linguistique et des Sciences du Langage*, Paris: Larousse.
- Ducrot, Oswald y Todorov, Tzvetan (1972): *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, Paris: Seuil.
- Engler, Rudolf (1968): *Lexique de la terminologie saussurienne*, Utrech-Amberes: Het Spectrum.
- Feller, Benoit (1975): «Reseña de *Dictionnaire de la linguistique*, de Georges Mounin», *Communication et Langage*, 25, p. 122.
- Greimas, Algirdas Julien y Courtés, Joseph (1979): *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, Madrid: Gredos, 1982.
- Hamp, Eric P. (1957): *A Glossary of American Technical Linguistic Usage 1925-1950*, Utrech-Amberes: Het Spectrum.
- Heupel, Carl (1973): *Taschernwörterbuch der Linguistik*, Munich: List Verlag.
- Julià i Munné, Joan (2003): *Diccionari de fonètica. Terminologia de les ciències fonètiques*, Barcelona: Edicions 62.
- Kannas, Claude (1996) : «Jean Dubois et la lexicographie», *Linx*, Núm. 34-35, pp. 21-25.
- Knobloch, Johan. (1961): *Sprachwissenschaftliches Wörterbuch*, Heidelberg: Winter.
- Laborda, Xavier (2016): «Memorias de lingüistas estadounidenses: *First Person Singular*», *Lingüística en la Red*, 13, pp. 1-25.
- Lázaro Carreter, Fernando (1953): *Diccionario de términos filológicos*, Madrid: Gredos.
- Lewandowski, Theodor (1973): *Diccionario de lingüística*, Madrid: Cátedra, 1986.
- Marouzeau, Jules (1934-1951): *Lexique de la terminologie linguistique*, París: Geuthner.
- Martinet, André (ed.) (1969): *La linguistique. Guide alphabétique*, París: Denoël.

- Miranda Nelson, Eduardo (1985): «Reseña del *Diccionario de Lingüística* de Theodor Lewandowski», *Cultura, Hombre, Sociedad*, Vol. 2, N°2, pp. 301-303.
- Moreno Cabrera, Juan Carlos (1998): *Diccionario de lingüística neológica y multilingüe: términos técnicos de las ciencias del lenguaje que se recogen por primera vez en un diccionario*, Madrid: Síntesis.
- Mounin, Georges (dir.) y Autesserre, Denis; Autesserre, France; Baltayan, Alain et al. (cols.) (1975): *Diccionario de Lingüística*, Barcelona: Labor. Traducción española de Ricardo Pochtar y adaptación de Eugenio Martínez Celdrán, 1979.
- Perea, Maria Pilar (2000): «Resseña de *Diccionari de Lingüística* de Manuel Pérez Saldanya», *Llengua & Literatura*, 11, pp. 608-611.
- Pérez Saldanya, Manuel (dir.) (1998): *Diccionari de lingüística*, Oliva (València): Colomar.
- Picard, Marc (2004): «Review of *A first Dictionary of Linguistics and Phonetics*», *Language*, Volumen 80, Número 1, p. 170.
- Pottier, Bernard (ed.) (1973): *El Lenguaje: diccionario de lingüística*, Bilbao: Mensajero, 1985.
- Richards, Jack C.; Platt, John; Platt, Heidi (1992): *Diccionario de lingüística aplicada y enseñanza de lenguas*. Traducción y adaptación al español de Carmen Muñoz y Carmen Pérez, Barcelona: Ariel, 1997.
- Simone, Raffaele (1969): *Piccolo dizionario della linguistica moderna*, Turín: Loéscher.
- TERMCAT (1992): *Diccionari de lingüística*, Barcelona: TERMCAT / Institut d'Estudis Universitaris Josep Trueta-Fundació Barcelona.
- TERMCAT (1998): *Lingüística*, Barcelona: Larousse.
- Tuson, Jesús (dir.) (2000): *Diccionari de lingüística*, Barcelona: VOX.
- Váček, Josef (1960): *Dictionnaire de linguistique de l'École de Prague*, Utrech-Amberes.
- Vega, Luis y Olmos, Paula (2011): *Compendio de lógica, argumentación y retórica*, Madrid: Trotta.
- Vermeer, Hans J. 1981): *Einführung in die linguistische Terminologie*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.